

## Evocación de Enrique Garcés

ALFREDO PAREJA D.

*Amaba más el campo que la ciudad, y más al hombre, aunque él venía de esos lados ecuatorianos donde la belleza es tan profunda, que a veces infunde el temor de dejar las cosas en su sosiego para verlas mejor. Quizá consistió en ello la infatigable actividad de Enrique Garcés, con la que se libraba de la tristeza y la soledad que el dolor humano, contradictoriamente con el paisaje, le traía en la voz de los desposeídos de su propia tierra. Se pondría entonces a soñar Garcés, en caminos, como el gran Machado: "Yo voy soñando caminos - de la tarde. ¡Las colinas - doradas, los verdes pinos, - las polvorientas encinas! ....." y a caminarlos, en constante descubrimiento, otra vez como Machado: "Y cuando llegue el día del último viaje - y esté al partir la nave que nunca ha de tornar -, me encontraréis a bordo, ligero de equipaje, - casi desnudo, como los hijos de la mar".*

*Unos más desapercibidos que otros, todos con la certeza de llegar al lugar que no se sabe, para poder aprender, en ese gran desconocimiento de sí mismo, lo que no se pudo en la vida corporal; todos van por ese camino a ese, por desconocido, ningún fin. Enrique Garcés se ha adelantado a varios y otros a él se adelantaron en el puente de la nave, unos con lentitud, otros con prisa, pocos con la febril actividad de trabajo para los otros, que fue la naturaleza misma, la facultad íntima, la justificación de la existencia de Garcés.*

*La prisa lo consumía como una llama. En este o en otro oficio, dolién-*

*dole el dolor del indio sobre la dulzura de la tierra, capturada por los demonios de la codicia. Médico fue, para los pobres; Director General de Sanidad, para los pobres; Consejero Médico del Seguro Social, para los pobres; Secretario General de la Casa de la Cultura, para ayudar a dirigirla hacia la denuncia favorecedora de los pobres; Adjunto Cultural en México, para observar qué ocurrió allá con los hijos pobres de la Revolución; Subsecretario de Educación Pública, para alfabetizar pobres; Profesor en el Mejía, en el Colegio Militar Eloy Alfaro, en la Universidad Central, para enseñar lo que se debe hacer para salvar a los pobres; periodista para denunciar a quienes más hacían padecer a los pobres...*

*Y junto a esa actividad, contra el tiempo bregando, libros y artículos, con su gran hijo mayor, "Eugenio Espejo, Médico y Duende" que es la más completa presencia, por dentro y por fuera, del indio genial, padre del movimiento independentista, ilustre investigador científico, pensador de asuntos novísimos arrancados a los antiguos, inspirador del mismo Garcés, porque el uno, el maestro, como el otro, de verse cara a cara con el dolor humano del cuerpo, pasaron a escritores para contar el del alma a sus compatriotas y procurarle remedio.*

*Su fervor por lo indio, en este hombre inquieto y exaltado, creadoramente nervioso, le llevó a escribir la vida del rebelde y orgulloso Rumiñahui, en una biografía de arranques épicos, con héroes vociferantes como lo son siempre los de la epopeya. Años más tarde, su fervor vino a contarnos el alzamiento del Duchicela Fernando Daquilema, en "Daquilema Rex", que reclamó lo suyo y lo de sus subordinados, nada más, la tierra, y por reclamarla murió bajo los fusiles de García Moreno, el gran señorito todavía español y colonizador, que, bastante después de Mapasingue, insistía con Napoleón el Pequeño que mandase diez mil soldados y mil caballos franceses, para hacer la "felicidad" de estos indios a punta de bayoneta, y darle a Francia un pedazo de gloria en ricas tierras, mejores que las ya arrebatadas a México, con el aplauso garciano.*

*Mucho más escribió Enrique Garcés, por y para los demás, rescatando figuras como la de la Generalita Marietta de Veintimilla, o rindiendo el espíritu ante la fina poetiza mexicana, Sor Juana Inés de la Cruz; o estimulando el tea-*

tro nacional, incipiente eterno. con "Boca Trágica", "Alondra", "Lo que no pudo ser": o dejando en vivo reportaje un terrible testimonio, "Bajo una Lluvia de Balas", que él con varios otros médicos, padeciera en el San Juan de Dios, durante los cuatro días de la locura bonifacista.

Para evocar directamente, en fin, al autor y al amigo, quisiera tomar del libro que de él prefiero unas líneas de sus páginas finales: "Una tarde subí al Cementerio de 'El Tejar', llevando las cuartillas borroneadas que debían convertirse en este libro. Iba haciendo el mismo recorrido que hizo el cortejo para llevar los restos del doctor Espejo.... Bajo la imponderable Ermita de San José hoy abandonada....., hay una catacumba tenebrosa, fría, húmeda.... En esa cripta se enterraron los soldados y tenientes del Ejército Patriota, que el 24 de Mayo de 1822 derrotara a España, en la escarpada vertiente del Pichincha .... Ya todos juntos, sin distingos de grados.... Todos, soldados rasos: Espejo y Calderón, capitanes y cabos, han mezclado su último calcio.... La luz de la linterna que llevo, descubre agujeros espantosos, donde reposan húmeros y radios y cúbitos que fueron palanca para la pluma o la espada. La tierra es negra y mojada.... Y cuando me aturde el silencio de la catacumba.... me ha parecido que por mis espaldas se deslizó rápida la sombra de un duende..... El duende arroja piedras constantemente.... Eugenio Espejo, con insistencia reveladora, se llamó él mismo "duende"... Espejo arrojó piedras sin desmayo, libros, periódicos, volantes, sociedades, pasquines, cruces de tafetán, discursos, peroratas, catequizaciones, desafíos, insultos, revoluciones, sermones, versos, planes educacionales, pleitos, risas, hasta formar un promontorio donde se tropezaba y se caía todo el mundo. Pero las advertencias fueron inútiles..."

Pudiérase decir que Garcés tomó a Espejo como el modelo único que le estimulase a vivir, en esa constante actividad al servicio de los otros, que hace olvidar y soportar la personal existencia.

Quito, junio 1976.